

## La batalla de Barcelona

JULIÁN SANTAMARÍA OSSORIO

LA VANGUARDIA - 26/10/2006

Se ha escrito mucho sobre las peculiaridades de las elecciones autonómicas de Catalunya, de cómo los catalanes participan y votan de la misma o de distinta manera en las autonómicas y en las generales, pero se ha dicho muy poco, si se ha dicho algo, acerca de la influencia que ejerce en ello el sistema de partidos catalán que, a mi entender, tiene una fuerte incidencia porque, a pesar de estar constituido por los mismos partidos, funciona de forma distinta en uno y otro caso. O, dicho de otro modo, porque el atractivo de cada uno de los cinco partidos no es igual en elecciones autonómicas y generales. Y no lo es porque la utilidad del voto es distinta para los electores en cada una de ellas, ya que, entre otras cosas, los partidos que compiten por la presidencia de la Generalitat y la del Gobierno de España no son los mismos y los incentivos para votar a algunas opciones son muy diferentes en ambos contextos.

La sociedad catalana es también diferente a la sociedad española y lo es por el mayor peso que tienen en ella las dos líneas de división, la identitaria y la ideológica, que enfrentan, de un lado, a nacionalistas y no nacionalistas y, de otro, a izquierda y derecha. Una singularidad que permite explicar por qué mientras en España se ha ido imponiendo una tendencia gradual a la concentración del voto en torno a los dos partidos principales, que en el 2004 sumaron el 80% de los votos y el 89% de los escaños, en Catalunya la tendencia es hacia la dispersión del voto entre varios partidos, de modo que en el 2003 los dos primeros apenas sobrepasaron el 60% del voto y el 65% de las actas. También a nivel estatal coexisten esos dos ejes, pero con claro predominio del ideológico mientras que en el marco catalán los dos están más equilibrados y, con alguna salvedad, las distancias que separan a los partidos tanto en un plano como en el otro son más tenues.

La consecuencia más importante de todo eso es que en Catalunya todos los partidos tienen múltiples fronteras. CiU y ERC las tienen con tres de los cinco partidos, y el PSC con cuatro, e incluso ICV y el PP compiten por el voto con

otras dos o tres formaciones si contamos a Ciutadans. No sólo cada partido limita con los demás por sus cuatro costados, sino que además las zonas de frontera son más permeables, lo que facilita trasvases de votos en todas direcciones y dificulta los pronósticos electorales. Mientras Pujol estuvo al frente y mantuvo el predominio indiscutible de CiU, la fluidez de esos intercambios se vio en buena parte frenada al operar líder y partido como un polo de atracción con escasos competidores en uno u otro eje.

Esa situación cambió poco a poco con el desgaste de los años y la retirada de Pujol. La primera señal se hizo visible en las elecciones autonómicas de 1999 que anunciaban el fin de una era y ponían en evidencia un principio de recomposición del mapa electoral catalán y, por tanto, de la estructura de su sistema de partidos. Por un momento, pareció que éste podría evolucionar en la dirección del sistema español, con dos grandes partidos flanqueados por algunas fuerzas menores. Las municipales del 2003 confirmaron esa hipótesis sólo en parte. Los dos partidos principales conservaban su posición privilegiada en el mapa electoral, pero éste sufría una sacudida importante que preludiaba la reordenación que sufrió tras las elecciones autonómicas del mismo 2003. PSC y CiU mantenían su relación de equilibrio, pero con fuertes pérdidas de votos que propiciaron el avance de los demás partidos y, sobre todo, la vigorosa emergencia de ERC.

Este año no contamos con las indicaciones de las municipales, pero lo que sugieren los sondeos es que el proceso de recomposición del mapa electoral sigue su marcha. Eso no quiere decir que asistamos a una fuerte conmoción electoral. La escasa tensión que se percibe anticipa una tasa de participación inferior a la media en este tipo de consultas y, si se confirma, está excluido cualquier terremoto. Pero no hacen falta fuertes sacudidas. Pequeños movimientos pueden ser suficientes. Los sondeos sugieren también un cierto ascenso de CiU que compensaría el retroceso de ERC, y un incremento sustancial de ICV que compensaría el ligero retroceso del PSC, sin que ello signifique en ningún caso que lo que ganan CiU o ICV provenga en exclusiva de ERC, en un caso, y del PSC, en el otro. Si se confirman esos cambios, ICV, ERC y PPC se convertirían en partidos de tamaño intermedio y más parecido, sumarían

alrededor de dos quintos de las papeletas y podrían alterar de forma significativa la dinámica de la competición en Catalunya.

En todo caso, en esta ocasión no se podrá atribuir a los sondeos influencia alguna sobre las decisiones de los electores, ya que los hay para todos los gustos. El problema es que los sondeos publicados estos últimos días se han hecho en fechas muy distantes de la jornada electoral y coincidiendo con el inicio de la campaña, posiblemente el momento más delicado para extraer información de calidad. ¿Por qué? De una parte, no recogen los movimientos que hayan podido provocar los errores y los aciertos de los candidatos y los partidos. De otra, el inicio de la campaña es un momento de confusión. Algunos no han decidido siquiera si irán a votar; y, en su caso, si votarán o no por el mismo partido; algunos creen que ya lo tienen decidido, pero, en realidad, sus decisiones no son firmes y están expuestas a todas las influencias. Hasta que las decisiones no van cristalizando, son frecuentes los cambios en todas las direcciones, sin apuntar tendencias claras, y lo son, sobre todo, en un escenario como el catalán, en vías de recomposición y en el que la relativa flexibilidad de las líneas de separación entre unos partidos y otros hacen más fácil el trasiego entre ellos.

Si eso produce incertidumbre en cuanto a la orientación del voto, mayor aún la crea a la hora de calcular los escaños, ya que algunos de ellos pueden depender de un número muy reducido de votos. Por eso, las variaciones entre los sondeos y las horquillas que estos ofrecen hacen posibles muy diversos escenarios para la formación del nuevo gobierno. Las variaciones son más marcadas en Barcelona, que es donde se dilucidará la gran batalla, aunque también en Lleida cabe alguna sorpresa. El desenlace de esa batalla va muy ligado a la tasa de participación. De ser tan baja como parece ahora, el PSC difícilmente podría aspirar a repetir los resultados de 1999 o del 2003, porque para ello necesita movilizar al sector de su electorado que tiende a abstenerse en elecciones autonómicas. Ese sector es muy fuerte en la circunscripción de Barcelona, donde, además, el PSC compite con todos y en donde incluso Ciutadans podría superar la barrera del 3% y entrar en el reparto.

JULIÁN SANTAMARÍA OSSORIO Catedrático de Ciencia Política de la UCM y  
presidente del Instituto Noxa Consulting